

Inspiración



"aquel portalón grande, por donde yo salí para venirme aquí, habrá seguido siempre de par en par mirando todo lo que yo vi. Todo lo que estos ojos lentos vieron, hora tras hora de la infancia, allí. Aquel portalón grande, siempre abierto día y noche que ya no se podía cerrar de tanto estar así".

La felicidad era una puerta azul

El periodista Alberto Piernas narra en primera persona su decisión de regresar a sus raíces y comenzar una nueva vida tras la pandemia.

Mi obsesión por las puertas azules comenzó un día de abril de 2020, en un minúsculo piso de Madrid

ALICANTE

donde pasé el confinamiento con uno de mis mejores amigos. Aquel primer mes, y a pesar de la situación que todos vivíamos entre cuatro paredes y reuniones de Zoom, recetas de pan homeado y tweets molotov, muchos encontramos tiempo para más de una reflexión. La mía llegó a través de Pinterest, donde descubrí la fotografía de una puerta azul que casualmente estaba en mi pueblo natal, cerca de Alicante. A pesar de mis visitas al hogar familiar, nunca había

visto aquella puerta de color azul, tan intenso que podría hacer pasar mi pueblo por Santorini en cualquier folleto. El color azul salpicado en un blanco eterno prometía un mundo libre y lleno de luz, sonidos de chicharras, el aroma de una higuera y todas esas cosas tan ajenas a nuestro refugio pandémico de treinta y cinco metros cuadrados. Guardé la imagen en mi ordenador y, sin saber por qué, exhalé la primera hiperventilación. Cuando finalmente se levantó el estado de alarma y pudimos volver a visitar a nuestros familiares, me propuse encontrar aquella puerta azul y resultó ser más bonita de lo que parecía en las fotos. Pertenecía a una antigua almazara rehabilitada hoy como museo didáctico atrapado entre bloques de hormigón y parques llenos de pintadas. Aquel verano (digo aquel, como si fuera una eternidad) lo pasé tomando muchas fotografías de puertas azules: la de un antiguo taller de alfarería, una nave de chapa de un polígono, o las casas de

pescadores de la playa del Portixol, en Jávea. Semanas después, descubrí un poema de Juan Ramón Jiménez en referencia a su conexión entre Moguer, su onubense pueblo natal, y Madrid, que dice así: "Aquel portalón grande, por donde yo salí para venirme aquí, habrá seguido siempre de par en par mirando todo lo que yo vi. Todo lo que estos ojos lentos vieron, hora tras hora de la infancia, allí. Aquel portalón grande, siempre abierto día y noche que ya no se podía cerrar de tanto estar así". Creo que Jiménez se adelantó como pocos al sentimiento actual del *millennial* de regresar al hogar y reconectar con sus raíces. De adaptarse al cambio. Al fin y al cabo, en la etimología griega la palabra 'krisis' significa "decisión". Tras meses de dudas, el pasado mes de junio decidí volver a hacer las maletas y regresar a mi pueblo. Despertar ante un cielo abierto y jugar con la luz que nos fue vetada, aunque aún deba acostumbrarme a rascarme más de la cuenta tras tomar una ducha con exceso de cal. Tengo la recompensa de escribir poemas por los que no me pagarán sin pensar en un alquiler excesivo. De ver el atardecer junto a una platanera que nunca pude tener porque un balcón era un lujo. De respirar un aire más cítrico, más puro. Si lo del éxodo urbano es flor de un día no lo sabemos, pero eso nunca fue un problema. Mi generación ha atravesado dos crisis económicas y tenemos dos aliados con los que no contaban nuestros antepasados: internet y una percepción del cortoplacismo cada vez más acentuada. Y, aunque la rueda del mundo ya empiece a girar, algunos podemos aguardar para descubrir si lo que nos susurró el confinamiento era verdad. Porque quizá durante esta pandemia sufrimos ansiedad por el miedo a los contagios, a otro confinamiento, pero también por el miedo de aceptar que la felicidad era una puerta azul. Una puerta que siempre esté ahí, que nunca haga falta cerrar ni abrir.

ALBERTO PIERNAS MEDINA